

FORMACION DEL CATEQUISTA PARA LA ENSEÑANZA DE LA DOCTRINA SOCIAL CATOLICA *

La enseñanza de la doctrina social católica exige de nuestros catequistas estudio serio, contacto con la realidad social, donación completa a esa tarea. Varios catequistas, nacionales y extranjeros, nos informan sobre sus realizaciones y proyectos y nos ofrecen un boceto de luces y sombras sobre la situación y actitudes de ciertos catequistas de hoy frente a lo social.

INTRODUCCIÓN.

Ponencia es el informe o dictamen dado por el ponente; y ponente, el individuo de una asamblea a quien toca hacer relación de un asunto y proponer su resolución. *Dos partes*, pues, en nuestro estudio: Primera, hacer relación, informar o dar cuenta; lo que supone preguntarse: ¿qué se ha hecho, qué se hace para la formación del catequista en vistas a la enseñanza de la doctrina social católica? Segunda parte: proponer su resolución. «Proponer» es tarea discreta; no es imponer ni exigir, sino declarar con razones una cosa para conocimiento de uno o para inducirle a adoptarla; con otras palabras: ofrecer a la aceptación de uno, un plan o negocio.

La primera parte nos invita a considerar el pasado y el presente; la segunda nos exige mirar al futuro, para la fácil tarea de decir

(*) *Texto de la última ponencia de las Jornadas Catequísticas celebradas en el Instituto Pontificio «San Pío X», del 4 al 8 de septiembre de 1962, y cuyo tema central fue: «La enseñanza de la doctrina social católica».*

lo que se debe hacer y para la difícil tarea de hacerlo. Y si hemos de ser sensatos, deberemos también considerar la realidad, nuestra realidad concreta, para resolver qué se puede hacer. Será inevitable que se entremezclen en nuestra exposición las realizaciones, iniciativas y experiencias con las sugerencias, proyectos y deseos (si es que aquéllas no son de por sí el mejor estímulo para éstos).

La primera pregunta que debemos formularnos es: ¿qué formación social ha recibido y recibe el catequista? Esta pregunta nos invita a realizar un sondeo acerca del sentido social de nuestros catequistas, de su conocimiento de la doctrina social católica, de su formación para la enseñanza de esta doctrina. Además, esto nos señala el camino que debemos seguir en la primera parte de nuestra ponencia.

Pero precisemos antes los términos mismos de su *enunciado*. «*Formación*» no es sólo información o instrucción o enseñanza o adiestramiento, sino algo más complejo y más íntimo que supone lo anterior y lo completa; es ese trabajo lento que conforma al catequista, que eleva y desarrolla toda su persona, y que le da aptitud, habilidad, capacidad para la enseñanza de la doctrina social católica. «*Del catequista*»: pensamos particularmente en el maestro catequista español, pero fácil será la trasposición de cuanto digamos —*mutatis mutandis*— al catequista en general. «*Para la enseñanza de la doctrina social católica*»: Es cierto que toda doctrina es objeto de enseñanza. Pero la doctrina social católica, ¿debe ser solamente objeto de enseñanza? Esta doctrina, ¿es solamente una teoría, un sistema científico, una explicación más de la realidad social, sin incidencia en la vida, en la cuestión, en el problema social? El defecto más grave de nuestra enseñanza y de nuestra formación religiosa, ¿no consiste en quedarse en teórica, en nocional; en ilustrar quizá la inteligencia sin llegar a la conciencia, al corazón, a la vida? So pena de permanecer estéril y nociva, la enseñanza de la doctrina social debe conducir normalmente, ante una situación humana concreta, a la cuestión, al problema social; y éstos postulan por sí mismos la acción social, como respuesta a esa cuestión, como solución a ese problema.

Una palabra sobre la misma doctrina social católica. Toda doctrina social supone unos fundamentos filosóficos, jurídicos, económicos, políticos, dogmáticos, históricos. Su enseñanza y su aplicación entrañan, además, presupuestos morales, psicológicos, pedagógicos, y unos métodos y técnicas nada sencillos. Los problemas

sociales y políticos son los más complejos de la realidad humana; es pueril acercarse a ellos con la ligereza y suficiencia con que tantas veces los enjuiciamos.

* * *

Para elaborar esta ponencia, propuse su tema, en forma de cuestionario, a ciento veinte catequistas de varias naciones. Las preguntas versaban acerca de la parte asignada a la doctrina social en la enseñanza secundaria y universitaria, acerca de la formación específica del catequista y sobre las realizaciones, opiniones y deseos que el tema les sugería. Recibí cincuenta y dos respuestas, procedentes de quince naciones; veinticuatro respuestas, de catequistas españoles. Preferí partir de estos datos y respuestas vivas, basadas en la experiencia, antes que elaborar un programa ideal extractado de unos cuantos libros y revistas. Existe, además, un documento reciente y de máxima autoridad, en el que se nos traza un programa completo sobre la preparación y actuación del católico militante (esto es también el catequista), en el terreno de la doctrina social católica y en el de su inserción en la vida; me refiero a la cuarta parte de la «Mater et Magistra».

Por ello, mi exposición reflejará más ese sondeo que este programa. No podemos estructurar un programa de actuación concreta sobre la realidad, si no conocemos ésta en su situación actual, en sus posibilidades, en los aspectos que la condicionan. En nuestro caso, no trazaremos un programa adecuado para la formación del catequista, si no conocemos previamente la situación, actitud, posibilidades, peligros actuales del mismo catequista.

FACTORES FORMATIVOS DE LA CONCIENCIA SOCIAL.

Debemos preguntarnos cuándo empieza la formación del catequista... y cuándo termina. Siguiendo las respuestas recibidas, señalemos los *primeros elementos formativos* de la conciencia social. El ambiente familiar, la actitud de los padres con relación a su trabajo, a sus relaciones profesionales; el trato dispensado a los criados, a los domésticos, a los subalternos, quedan grabados indeleblemente en la conciencia infantil. Las primeras impresiones escolares, las relaciones con los compañeros de clase o de barrio crean las primeras actitudes, quizá los primeros conflictos, respecto a lo social. El sentimiento de justicia, innato en el niño, vibra y se agu-

diza ante las primeras desigualdades y parcialidades de que es testigo: le hieren las preferencias, el favoritismo de profesores y superiores. Este sentimiento se irá arraigando y agudizando en la adolescencia y juventud. Las desgracias o catástrofes de que es testigo impresionan fuertemente el alma del joven y hacen brotar en ella sentimientos de compasión hacia el que sufre; las visitas a hospitales, familias o barrios pobres son ocasión para aprender esas lecciones sobre la vida, sobre el dolor, sobre la injusticia y el pecado humanos, lecciones que nunca se borrarán de su memoria. ¡Dichosos los jóvenes que encuentran a su lado al educador que les ilumina sobre este misterio del dolor y del mal, y que son testigos de esas vidas consagradas a Jesucristo y a sus miembros doloridos!

Otro elemento positivo, despertador del sentido social, es el salir del propio ambiente, del propio medio; el dejar la familia, el pueblo o ciudad, la nación, el ser responsable de su vida, enriquecen la personalidad, van dando ese sentido de tolerancia y comprensión, esa delicadeza y facilidad de trato, que predisponen al sentimiento de fraternidad cristiana y de caridad universal. Efecto similar produce el estudio inteligente —guiado por un verdadero maestro— de la historia, literatura, geografía nacional y universal; y también los viajes, campamentos de verano, escultismo; y la lectura de ciertas biografías, ensayos, novelas, obras de teatro... Si bien en lo relativo a espectáculos y lecturas se impone el deber de la selección, para evitar el peligro frecuente de superficialidad, de predominio de la imagen, de sentimentalismo, de pereza y facilidad. Estos y otros medios abren el espíritu de los futuros catequistas al sentido social y van formando su conciencia a los deberes y responsabilidades sociales.

Nuestros *programas de segunda enseñanza* incluyen el estudio de algunos temas sociales en los dos cursos del bachillerato superior y en el Preuniversitario, sea como temas independientes, sea entre las lecciones de formación del espíritu nacional, filosofía y religión. Varias respuestas señalan lo deficiente de la enseñanza recibida, la falta de preparación o interés de los profesores, y el poco o nulo sentido social que despertaron estas lecciones, que de por sí estaban llamadas a conseguirlo.

Pero aludimos con ello a un punto débil de nuestra realidad. ¿Cuál es la preparación individual y la actitud social de nuestros catequistas y educadores ante la doctrina y la realidad social; ante

su deber de enseñar la doctrina social y de formar en sus discípulos la conciencia social? Intentamos trazar el boceto (ya que no el cuadro acabado) de la realidad de nuestros catequistas de hoy. Los rasgos y colores nos los proporcionan nuestros corresponsales, y a ellos se deben las luces y sombras que no trataré de exagerar ni atenuar. Citaré los textos más expresivos y razonados¹.

BOCETO DE LUCES Y SOMBRAS.

Falta de preparación del catequista.

Le diré cómo veo la cuestión social en la enseñanza de nuestros centros —dice uno de nuestros corresponsales—. Hay un *hecho fundamental*. Es la falta de formación del profesorado en estas cuestiones, hablando en general. Se sabe que existe una cuestión social, que los obreros están descontentos, que los ricos y los patronos son a veces injustos y tres o cuatro ideas más. Pero si consideramos la cuestión de la formación, es difícil decir en qué ha consistido, si no es en conversaciones más o menos rápidas.

De este hecho es fácil deducir las consecuencias:

La primera es la *falta de interés personal*. Porque no se siente la necesidad de estar al tanto de ellas. A lo sumo se siente interés por criticar tal actuación de un patrono o del Estado; por discutir tal punto relacionado con los salarios o la política. Pero explicar, en el tiempo de la catequesis, estos problemas, estudiar o leer algún manual relativo a estos asuntos, ya es más dudoso que ocurra.

La segunda, relacionada con la anterior, es la *falta de interés social*. Es decir, que pudiéramos hacer más por propagar estas doctrinas sociales por los medios disponibles entre nosotros: revistas, conferencias, catequesis. Cuando las revistas colegiales traen algún hecho de carácter social, es casi siempre desenfocado. Aquí quiero referirme a toda esa serie de fotografías y de reportajes a los que nos tienen acostumbrados, en los que aparece toda la miseria de nuestros barrios extremos, y una serie de regalos destinados a estos barrios, con felicitaciones a las clases vencedoras, con plácemes entusiastas a la buena voluntad de los colegiales. No es que sea partidario de que se suprima todo esto. Pero creo que es un signo de nuestra *deformación social* el propagarlo tanto. Es muy posible que sin darnos cuenta estemos acallando la conciencia de nuestros alumnos para el día de mañana, y que sea más útil el exponer sin ambages la doctrina social de la Iglesia. Y si no es así, ¿cómo se explica que las conciencias seriamente formadas en estas cuestiones se extrañen de que todavía estemos nosotros en este estadio de la formación social de nuestros alumnos?

Recordemos aquí lo que el señor Obispo de Bilbao decía recientemente en su última pastoral sobre la «Mater et Magistra»:

La casi totalidad de nuestra burguesía ha recibido su formación católica en los colegios de la Iglesia o en instituciones abiertas a la acción pastoral del sacerdote. Y a la hora de actuar en la vida

(1) Cuando no indique lo contrario, las citas serán de catequistas españoles.

económico-social, su conciencia social ha revelado profundas grietas. ¿No será debido, en parte, este hecho a que la educación que recibieron se reducía casi exclusivamente a los problemas de moral individual?

Y en su pastoral colectiva del 13 de julio de 1962, los obispos españoles afirmaban:

Una de las lagas que más nos afligen es la falta de una más viva y operante conciencia social. (*Puede verse el texto completo en «Ecclesia», n. 1097.*)

Bastantes de nuestros corresponsales señalan esta deficiencia básica de los maestros-catequistas en las disciplinas sociales. Recomendamos aún algunos textos:

Lo difícil en todo esto es el *profesorado*. Incluso es contraproducente el entusiasmo de los ineptos o mal preparados (ni más ni menos que esos lanzados a las innovaciones litúrgicas y bíblicas con sólo entusiasmo, sin inteligencia ni preparación); nos lo echan todo a perder, atosigan, hartan definitivamente. Otro inconveniente es el de los «*casados*» con los temas sociales, sin estar enamorados, ni anterior ni posteriormente a su casamiento.

Creo que es muy importante que el catequista se forme de cara a la vida social práctica y con el ánimo de llevar a sus catequizandos a esa vida concreta. Es fácil, y comodísimo, convertirse en *magnetófono de textos pontificios*, encaramarse a la puridad teórica y hacer el amargado y aguafiestas, mientras otros llevan los cargos sindicales, se ponen a resolver concretamente el problema de la vivienda, la limitación de nacimientos, los problemas educacionales, etcétera (que también son campos sociales).

Una respuesta de St Louis (EE. UU.) dice también:

La mayor dificultad es la de encontrar profesores. Ya que el tema es más fácil, según dicen algunos, que la Física, por ejemplo, los profesores de esta materia suelen tener poca preparación. Algunos de los profesores de más edad están demasiado «instalados» en sus métodos, ninguno muy original, y dado que la sociedad está cambiando tan de prisa, quedan cincuenta años retrasados.

Y apuntando hacia la solución, nos escriben:

Hace falta, si se quiere eficiencia en esta materia, un buen curso a fondo. Difícilmente puede interesarse uno por lo que desconoce, y difícilmente puede enseñarse lo que se conoce fragmentariamente y de modo meramente personal.

Si el curso se organizara, además de la Sociología en general y de la doctrina social católica en particular, tendría que contar con la Historia Social y con la Historia Social en la Literatura y el Arte... Esto añadiría nuevas perspectivas a nuestra enseñanza, frecuentemente limitada a hacer aprender más o menos de memoria un texto. Es más, se aprendería a dar mordiente a unas materias que realmente lo tienen, pero que para la mayoría no cumplen más que una función puramente decorativa, cuando no sirven simplemente para obtener el aprobado que se necesita para el paso de curso y nada más.

Individualismo.

Si indagáramos las causas de estas deficiencias de nuestra labor educativa, señalaríamos, junto con la falta de preparación doctrinal, otro defecto de índole justamente social y que afecta (según voces autorizadas en la materia) a nuestra idiosincrasia de españoles. Me refiero al *individualismo*. No podemos detenernos en su descripción, en el estudio de sus causas, manifestaciones y consecuencias. Señalemos solamente que los esfuerzos de algunos educadores por lograr la formación social de sus alumnos quedan, a menudo, sin eco en el ámbito de la escuela o Colegio, y sin apoyo, sin colaboración, sin continuidad. Una de las respuestas comenta así esta falta de sentido comunitario:

Cada curso comienza como el anterior: sin haberse reunido los profesores, sin que los responsables se hayan replanteado la labor colegial en sus diversos aspectos: vida litúrgica, obras de apostolado, asociaciones de A. C., etc.

Y refiriéndose a la enseñanza de la doctrina social católica:

Habrá que empezar por hacerla sentir afectivamente para suscitar interés. De no hacerlo, se reduce la lección a un trámite más, un punto sobreañadido al reglamento, que molesta.

Abundando en parecidas consideraciones, escribe otro correspondal:

Un error de base nos induce, *por un lado* a enterrar nuestras deficiencias o problemas, echando mano de cualquier medio o solución aparente (por ejemplo, una circular, nombrando un encargado sin preparación ni medios...), y *por otro*, a menospreciar, o por lo menos, no aprovechar los valores externos de los que carecemos y que otros poseen: ¿en qué agrupación se ha invitado a especialistas sobre la doctrina social católica y la «Mater et Magistra» para cursos, conferencias, charlas, etc.?

Hay otro peligro relacionado con el individualismo; podríamos denominarlo «*inhibicionismo*». Consiste en la falsa irresponsabilidad, que lleva a desentenderse, a inhibirse de tareas y responsabilidades que en realidad nos incumben. Este daño sutil amenaza toda vida comunitaria o social: cada cual se repliega en sí mismo, procura sacar el mejor partido posible del «bien común» para su bien propio, y colabora lo menos posible en las tareas colectivas. Es el súbdito que siempre dice: Eso va para los otros, para los mayores, para los superiores; siempre para «ellos». Con esta postura aséptica e impersonal no puede lograrse nunca la formación social. Hay que responsabilizar, dar libertad e iniciativa al inferior, al súbdito.

Aburguesamiento.

Hay otro mal que revela una actitud y una situación que tienden a convertirse en hábito. Varias respuestas la señalan espontáneamente. Me refiero al *aburguesamiento* de algunos catequistas, de algunos Centros quizá. Oigamos algunas opiniones:

Nosotros tan burgueses (como nivel de vida), ¿somos «dignos», tenemos «derecho» a estar con los pobres y obreros, a hablarles y catequizarles? ¿tendremos su mentalidad, acaso? ¿captaremos su longitud de onda? ¿nos entenderán? ¿les entenderemos y comprenderemos nosotros? ¿Con qué sentimientos nos enfrentamos con el mundo obrero agriado, descristianizado hoy? ¿temor o miedo vago e impreciso contra esos «revolucionarios»? ¿asco, porque van sucios y huelen mal, o porque son más o menos zafios o delicados? ¿afán protector, benévolo y suficiente, característico del llamado paternalismo? ¿irritación sorda, porque nos rebasan y nos resultan tan alejados e incomprensibles que nos desazonan? ¿Sabemos, creemos, recordamos que en muchos aspectos, ellos —aun descristianizados— son mejores que nosotros? Sin esto, no somos dignos de ir a ellos, tan solo seríamos fariseos, paternalistas.

Y otra respuesta de un maestro-catequista cubano:

En esto de lo que se debe hacer lo primero me parece que sería «sensibilizar» a los profesores con el tema, pero vitalmente. Pregunte, por ejemplo, acerca del pago justo a profesores civiles y empleados en los colegios. ¿No le parece que este aburguesamiento podría atenuarse con el contacto de la doctrina social de la Iglesia y de la realidad que viven diariamente miles de seres humanos? Entonces tal vez nos avergonzaría el adoptar ciertas posturas o exigir ciertas comodidades.

Paternalismo.

Señalemos otra desviación social que puede infiltrarse en nuestra formación, en nuestra actitud y en nuestra actuación: el *paternalismo*. Recojamos la descripción que de él nos hace uno de nuestros corresponsales:

Toda actuación social análoga a la de los padres está amenazada de raíz por este enemigo. Paternalismo es la proyección personal del padre (o superior cualquiera) sobre el hijo y su incipiente personalidad: la ignora o la desdigna; pero el resultado es el mismo: la desplaza y sustituye; está en la línea de anularla y —más o menos inconscientemente— destruirla. El inferior, cualquiera que sea, es concebido como un menor de edad y reducido a tal situación y, a ser posible, a perpetuidad. En esos padres parece que el móvil es el amor sensible: se cree amar más al hijo evitándole todo sufrimiento, toda lucha, toda opción o riesgo; es decir, toda alternativa o actuación responsables y peligrosas. Pero hay más. A fuerza de verle crecer imperceptiblemente, el chico de quince años, el de

siete y el de dos forman fácilmente la misma imagen; y los padres tenderán a creer que sigue siendo igualmente «puer», pueril, sin criterio, sin voluntad, sin personalidad propia. Hay cariños opresivos —paternos o maternos— que lo desean.

Señala, a continuación, la raíz de este mal y sus manifestaciones:

El falso amor de sí mismo y de la propia excelencia hace proyectar su propio yo hacia el inferior, con un doble movimiento: anulación, cuasi destrucción (implícita o incoada moralmente quizá) de su persona, y utilización de esa misma persona, como alimento, como combustible, como aureola en el altar de la adoración de sí mismo. Para mí es evidente que no hay situación humana de paternidad, o amóloga, que no corra peligro de inficionarse más o menos en esa fuente. Lo que en los padres no suele darse, aparecerá en cambio en el paternalismo de la autoridad extrafamiliar (hay menos amor en ella), como otras tantas secuelas producidas también por el pecado: falta de respeto del superior al súbdito; desdén, desprecio o ignorancia de sus valores; considerar absolutamente inútil todo criterio, dato o sugestión venidos de abajo arriba; considerar toda observación, reserva o reclamación como ofensa u oposición personal; nombramiento de personalidades más bien apagadas, «dóciles». El peligro de toda autoridad es caer en la tentación de hacer del súbdito un instrumento o un medio para sus fines de gobierno (fines inmediatos). Pero toda persona humana es fin en sí misma y no simple medio.

Y concluye, resumiendo su pensamiento:

En ese respeto profundo a toda persona humana creo yo que radica lo más profundo de la doctrina social de la Iglesia, y en ello estriba toda la gravedad del problema social. Para el capitalismo, por ejemplo, un obrero son x horas de trabajo, a las que corresponden x pesetas. La actitud del paternalismo estriba también en esto, pero de otra manera: se «protege» al inferior de tal forma, que se pretende que con ciertas formas de amor (las más baratas) queda uno dispensado de ese respeto y valoración de los inferiores como personas.

Iniciativas y realizaciones.

Pero tracemos ya algunos rasgos claros de nuestro lienzo, con las iniciativas y realizaciones de varios de nuestros educadores-catequistas. Desde un Colegio Mayor Universitario nos comunican:

El pasado curso montamos aquí una convivencia entre nuestros universitarios y un grupo de la JOC. Durante la cena fueron tocando los temas de juventud, en sus conversaciones. Se fueron conociendo. Pasamos a la sala de conferencias y «sin presidencia» —aunque había cuatro religiosos, tres sacerdotes y varios dirigentes de la JOC—, un muchacho obrero dirigió unas palabras para centrar el asunto y comenzó la discusión, animadísima todo el rato, a pesar de que duró de once de la noche a dos de la madrugada.

Resultados: los obreros pudieron darse cuenta de que los estudian-

tes «no eran los clásicos burgueses» —un tanto odiados—; que hay una clase social muy extendida (clase media de segunda y tercera categoría) de la cual se nutren el día de mañana muchos cuadros de mando en las empresas, que tienen, como ellos, unas preocupaciones ante la vida tan fuertes como las suyas, aunque tal vez no sean tan elementales; una de ellas, la de la colocación, resulta hoy día para un postgraduado «obsesionante».

Los estudiantes «vivieron» la realidad de sueldos de 37 pesetas, la tragedia de los despidos —hechos según la ley, pero «hechos»—, la falta de respeto al individuo por parte de algunos dirigentes, «tan ofensiva» para los ultrajados..., y su futura responsabilidad en los puestos directivos que normalmente han de ocupar.

Concluyó, como hemos dicho, a las dos de la mañana, con una misa comunitaria en la que se pidió por «todos», dirigentes y dirigidos, unidos en fraterna caridad cristiana.

Fallos: No haberlo preparado mejor: a los universitarios les hubiesen venido muy bien un par de charlas preliminares «concretando» la doctrina social de la Iglesia y haber aprovechado el momento psicológico para establecer un apostolado de suburbio, que, por cierto, más tarde lo comenzamos con gran trabajo.

Valga esta observación final como indicación de cómo preparar y aprovechar estas convivencias, con el clima favorable que provocan, para presentar algún punto de la doctrina social católica. Y sirvanos para recordar ese contraste, esa tensión que existe entre *la teoría y la práctica*, y la dificultad de armonizarlas. Con tono directo y dolorido, lo señala uno de nuestros corresponsales:

Creo que poco podemos entendernos de momento los teóricos y los que estamos metidos en el medio obrero. Las panorámicas son muy distintas. Y sólo con una íntima colaboración se puede lograr algo efectivo y de provecho. Al obrero, cuanto más se le conoce, más se le aprecia y respeta. La cuestión social, cuanto más se analiza en su práctica, más difícil se encuentra. Los teóricos solos irán construyendo castillos de hadas; los del ambiente solos, iremos cayendo en herejía y también iremos recibiendo bastonazos.

Y de las realizaciones de su escuela, en medio obrero, casi suburbano, dice:

Casi todo el año, en las lecciones de religión, se ha comentado la «Mater et Magistra». Se han logrado buenos resultados en tiempo de agitación y huelgas: dignidad, colaboración. Suele aprovecharse toda oportunidad para inculcar la doctrina social de la Iglesia.

Desde otras naciones: Bélgica, EE. UU., Malaya, Cuba.

Un educador belga, que ha enseñado durante ocho años las materias sociales, nos entregó amplia e interesante información sobre la situación de *Bélgica* (país fuertemente socializado desde hace ya un siglo), sobre el programa de la doctrina social en la enseñanza.

secundaria y del magisterio y sobre interesantes experiencias formativas y apostólicas. Citamos algunas de estas últimas:

Cada año vivimos durante veinte días en pueblos desecristianizados, con un grupo de alumnos de dieciséis a veintidós años (450 muchachos y muchachas en 1961). Con esta ocasión introducimos al joven en el conocimiento de las necesidades sociales más apremiantes y le «sensibilizamos» para la recepción de la doctrina social de la Iglesia. Creo que sólo ante la realidad de una injusticia social puede el joven interesarse vitalmente por la doctrina social y aceptarla, si es guiado por un educador atento que le forme individualmente.

El Instituto St Berthuin, de Malonne, ofrece sus locales al Movimiento Obrero Cristiano para sus sesiones anuales. Para el profesorado es una ocasión única de información y formación. Por desgracia, muy pocos se interesan por estos temas, que son, sin embargo, de la mayor actualidad social y están presentados por especialistas, comprometidos además en realizaciones prácticas. Para los finalistas el Instituto llama a diversas autoridades en la materia. Buscamos no tanto conferencias académicas cuanto el contacto de nuestros jóvenes con cristianos comprometidos. El ambiente permite pasar rápidamente al cambio de impresiones e incluso a las consultas individuales. A los alumnos de los tres últimos cursos se ofrece la posibilidad de una prestación libre fuera del centro: visitas regulares de enfermos, de hospicios, de pobres..., siempre de acuerdo con las indicaciones de los párrocos interesados. Pretendemos el contacto con las necesidades sociales y el ejercicio práctico del amor al pobre, mucho más en el don de la amistad que en el don material.

Durante el curso 1960-61 se pidió a los finalistas de Humanidades, como aplicación de los cursos de religión sobre las cuestiones sociales, que realizaran encuestas muy precisas. Visitaron diversas obras sociales; volvieron impresionados. Esos mismos alumnos estudiaron también el problema de los países en vías de desarrollo. Al fin del curso instalaron, por equipos, una exposición y presentaron a todas las clases del centro los resultados obtenidos a lo largo de su búsqueda. Se pudo aportar a varios países una importante ayuda financiera. El equipo misionero y la Conferencia de San Vicente de Paúl organizaron una colecta de medicamentos y tuvieron la alegría de poder enviar a una región de América del Sur medicinas, recogidas entre doscientos médicos de Namur, por valor de un millón de francos belgas (*más de un millón de pesetas*).

Desde St Louis (EE. UU.) nos escriben:

Tengo cierta actitud hostil, quizá injustificada, hacia este tema. Es decir, cuando la gente comienza a hablar sobre «enseñar la doctrina social de la Iglesia» o «exponer las Encíclicas» (muchos lo hacen también en Estados Unidos), comienzo a ponerme en guardia. ¿Por qué? Por varias razones. Primero, porque tal actitud disfraza o traiciona a menudo una manera más bien superficial de acercarse a esta materia. Además, los cursos católicos de sociología tienden a ignorar la importante contribución, en los últimos años, de los sociólogos no católicos.

Sin duda —dice comentando la enseñanza—, los principios sociales se exponen también en los cursos de religión, pero como una parte de todo el panorama teológico. Creo que es aquí donde los

aspectos morales se tocan de algún modo. Conocer la estructura de la sociedad y las normas sociales de conducta merece un curso especial, aunque quizá no resulte demasiado «moralizante». El entender puede resolver más problemas que el predicar.

Un catequista *malayo* nos informa sobre la situación de los católicos en su país, y sobre el esfuerzo por iniciar a los jóvenes en la doctrina social católica:

En una nación pagana como Malaya —dice—, la doctrina social de la Iglesia es casi desconocida. Razones: minoría de católicos (1,8 por 100), clero muy conservador, educadores católicos no muy al corriente, generalmente, de lo social. Sin embargo, los jóvenes que terminan sus estudios a los diecisiete años siguen un curso de *Ética Social* por correspondencia, dirigido por la Academia Social Católica de Oxford. Los trabajos son orientados y controlados por un sacerdote, religioso o religiosa del país. Ya que estos muchachos van a comenzar su trabajo, se les explica algo acerca del «Obrero y el patrono católicos», inspirándose en las Encíclicas «*Rerum Novarum*» y «*Quadragesimo Anno*». Solamente el 15 por 100 de los alumnos continúan sus estudios hasta los diecinueve años. Estos jóvenes, de los que el 85 por 100 no son católicos y que preparan el ingreso en la Universidad, estudian las grandes encíclicas sociales y sus implicaciones doctrinales y morales. A la exposición de los temas, hecha por el educador, sigue la discusión en la misma clase.

Un comunicante *cubano* nos escribe:

Los datos se refieren a experiencias realizadas en nuestro último curso, septiembre 1960-mayo 1961. El programa estaba organizado de acuerdo con los alumnos y según las necesidades del medio. Comprendía dos sesiones de cuarenta y cinco minutos por semana. Método de los círculos de estudio de la JEC: 1. Comprobar la existencia del problema. 2. Buscar sus causas. 3. Tratar de encontrar una solución a la luz de la doctrina social católica. 4. Posibilidad de aplicación de dicha doctrina en el caso estudiado.

Realizaciones: 1.^a El analfabetismo en Cuba. Búsqueda de estadísticas, discusión en clase sobre sus causas y sus consecuencias. Responsabilidad del estudiante católico frente al problema. Objetivo de formación previsto por el educador: hacer reflexionar al muchacho sobre la función social de su deber de estado, el estudio. Fase práctica, en unión con la JEC: campaña interna, la Semana del Libro. Campaña externa: libros para los pobres; se recogieron varios miles y se entregaron a un delegado del Ministro de Educación como aporte de estos jóvenes a la campaña de alfabetización (que después resultó ser de adoctrinamiento marxista).

2.^a La justicia social. Observaciones sobre la distribución de la riqueza. Los salarios y sus consecuencias cuando no son justos: el problema de la vivienda y de la alimentación. Directrices de la Iglesia, encíclicas. Fase práctica: Semana de la «Lata» (organizada por la JEC). Competencia interclases. Visita previa a indigentes, datos sobre el número de componentes de determinadas familias, personas que trabajan, sueldos que reciben. Ayuda efectiva a los más necesitados. En la proximidad de Navidades y Reyes, colecta de dinero para ayudar a padres de familia que no podrán comprar un regalo a sus hijos. Ayuda económica a los más próximos: empleados del Colegio.

3.ª Estudio sobre el capital y el trabajo, derechos y deberes entre patronos y obreros. Los sindicatos. Problemas proletarios y su solución pacífica o violenta, la huelga.

Aquí se terminaron las experiencias, porque poco después los alumnos de los colegios católicos de Cuba prefirieron perder su curso, que estaba prácticamente terminado, antes de someterse a las últimas medidas marxistas, que bajo el pretexto de la mencionada campaña de alfabetización quería obligarlos a presentar inmediatamente los exámenes finales y presionarlos a tomar parte activa en ella. Para muchos la huelga continúa aún...

Y refiriéndose al conjunto de la educación social, concluye:

Creo que el tema ha sido descuidado en algunos centros y en las aplicaciones prácticas de las orientaciones pontificias en determinadas comunidades. En los textos de religión y en la manera de «dar» la clase hemos presentado a veces la Buena Nueva (parece paradoja) bajo un aspecto unilateral, centrado, en el mejor de los casos, sobre el amor de Dios, pero olvidando el otro aspecto esencial, el amor al prójimo. Algunos pueden objetar que este último es una consecuencia lógica del primero; sin embargo, sin esa proyección social, con la motivación cristiana del dogma del Cuerpo Místico, la obra de formación y la presentación del mensaje de salvación «me parece» que resultan mutilados.

¿PROGRAMA?

Pero debo terminar. Estos brochazos de luces y sombras que hemos trazado nos sugieren algo de la realidad y posibilidades del catequista de hoy en lo referente a su formación y actuación en el terreno de la doctrina social católica. Nuestro cuadro no está acabado ni intentó nunca estarlo. Pero si volvemos a considerar cuanto nos dice y sugiere, surgirá seguramente en nosotros, ante la realidad de nuestra posición y posibilidades concretas, lo que podría ser la segunda parte de nuestra ponencia: «Proponer la resolución o dictamen del tema», o lo que hemos llamado el «programa» para la formación del catequista.

Habiendo reflexionado sobre qué *programa* proponer, he llegado a la conclusión de que no podía decir nada nuevo, que no podía inventar una fórmula mágica para formar a nuestros catequistas. El catequista debe estar formado «para la enseñanza de la doctrina social católica», como debe estarlo para la enseñanza de cualquier otra materia catequística; es más, su formación en este terreno no debe separarse de su formación general, cuidada, larga, exigente. Ni el modo de alcanzarla difiere del que se emplea en cualquier otra rama del saber: el *estudio*, el contacto con profesores experimentados, el acudir a los centros universitarios acreditados. Y si en esta materia hubiera de indicar algún requisito especial, seña-

laría, con muchos de mis corresponsales, el «sensibilizar» al catequista con lo social; que el contacto vivo de la realidad (de la dura realidad, muchas veces) le lleve a la reflexión, al estudio y a *comprometer su vida* (y su comodidad, si la disfruta) con estos problemas, que complicarán su existencia, como la complica Dios cada vez que se mete en un alma o en una empresa.

Que quien en estas tareas de lo social se mete a redentor, salga crucificado, lo prueba la historia de cada día y de cada siglo de la Iglesia. Pero no queda otra vía, en esta empresa divina, más que la del heroísmo. Dios nos dé hombres como Cortés, que quemen las naves de la comodidad, de la medianía, del respeto humano, de las «conveniencias sociales»; Dios nos dé muchos Quijotes a lo divino, a quienes queme esa chispa de locura que nos falta a los prudentes, a los calculadores, a los moderados, a los instalados. Que Dios nos dé esa llama a todos los catequistas y que no la dejemos apagar (aunque la cobardía del mundo lo intente) hasta que incendiemos con el amor de Dios esta tierra tan dividida aún por el egoísmo de muchos.

Ignacio MENGES, F.S.C.

* * *

Como complemento de esta Ponencia, ofrecemos a nuestros lectores las sugerencias que, a modo de conclusiones, se formularon y aprobaron en la sesión de clausura de las mencionadas Jornadas Catequísticas, y les indicamos algunas referencias bibliográficas sobre el tema.

I. A MODO DE CONCLUSIONES

El estado de ánimo de nuestros alumnos (de diversos ambientes) ante lo cívico, pero sobre todo ante lo social, exige urgentemente una formación social más cuidada. En concreto, sobre la enseñanza de la Doctrina social católica, que es coronamiento de esa formación, lo ha mandado expresamente S. S. Juan XXIII, como ilustración que estimule la actuación eficaz.

Por tanto:

1. Esa formación social y la enseñanza de la Doctrina social católica han de perseguir triple fin:

- Poner en *contacto* a los alumnos con los problemas sociales, que en mayor o menor grado suelen ignorar, a pesar de vivir rodeados por ellos.
- Hacerles *estudiar* los principios y conocer las soluciones que aporta la Doctrina social católica a los diversos problemas, siempre con miras a realizarlas.
- Descubrir e impulsar *vocaciones al servicio social*, al apostolado social, estimulando a los alumnos capaces a ocupar los puestos de

mando en la sociedad (ámbito municipal, sindical, político, etc.), viniendo para ello el egoísmo que ordinariamente les aleja de aceptar tales responsabilidades.

Para realizar este programa se precisa:

2. Ante todo, mejor *formación de los educadores* y catequistas al respecto. Por ello resultan de elemental necesidad cursos normales de formación social e información, cursillos de verano, asistencia a Institutos sociales, etc. Igualmente precisan, ya desde el período de formación, establecer contactos apostólicos con las clases desahucadas y con los problemas sociales en general.

3. La actitud más eficaz, previa e indispensable, será la del *ejemplo* del educador convencido, y la actividad real del centro educativo, en el cual se debe suprimir todo planteo clasista, y todo proceder que haga aparecer a los educadores como aburguesados.

4. En las asociaciones de *antiguos alumnos* se debe prestar especial interés a la sección juvenil: ésta debe establecerse en todas partes y asegurar el paso y empalme sin discontinuidad entre la última clase y la asociación. Hay en esa sección intereses especiales, diversos de la sección de adultos, y posee capacidad particular. En general, serán los Antiguos Alumnos los más aptos para que los religiosos educadores amplíen su zona de influjo apostólico entre los más desheredados, ya que difícilmente el religioso puede convivir con éstos como cabe hacerlo a un seglar.

Asegurado esto, lo demás no pasan de ser *sugerencias prácticas* que ayudarán al catequista, una vez que sea dueño de la formación personal necesaria, y esté animado de preocupación social.

En concreto:

5. La *enseñanza sistemática* de la Doctrina social católica está indicada para las clases mayores. Podría ser programa y hasta libro de texto —a falta de otro— el de Ginér-Aranzadi. Si no puede precisarse la duración de los cursos, la hora mejor o su distribución en el curso, la calidad o forma de la disciplina, etc., parece fuera de duda que con la clase entera, repartida en equipos, se deben adoptar la metodología del «ver, juzgar, y actuar».

6. Para clases inferiores, y según los casos, se precisa *información social* más elemental, y estudio de algunos problemas de Doctrina social. (Entre los libros que pueden servir de orientación al catequista está el de Pradel, «Formación de los niños a la vida social»).

7. Son *medios probados* ya como realmente eficaces en la formación social del educando, todos los que crean ambiente para tal formación, como los siguientes:

- Contactos personales con los problemas sociales: visitas varias para la generalidad de la clase, y catequesis voluntaria para los mejores.
- Comentar la última noticia social del periódico o radio; esto puede luego reflejarse en las actividades de los alumnos que se denominan «carteleras», «revistas habladas», etc...
- Servirse de las demás disciplinas, literatura, historia, geografía, filosofía —religión por supuesto—, y hasta del cineforum para hacer ver, juzgar y obrar a los alumnos en el mundo social.

- Seminarios de estudios de tema social o, en clases de edades inferiores, equipos de información y actividad...
 - Colonias, campamentos, excursiones... que tanto se prestan a actividades y formación sociales.
 - Las asociaciones de jóvenes, con tal que, dejado el carácter de tertulia y amenidad, se encarrilen hacia el servicio social y apostólico.
8. Añadimos, en fin, unas sugerencias o deseos, que irán llenando nuestra educación social, si es acertada:
- a) Que el colegio sepa orientar a los padres en esa misma formación social.
 - b) Que en la actuación social, los alumnos se muevan siempre por móviles religiosos, no meramente filantrópicos.
 - c) Que el rico no se acerque al pobre con la caridad de quien se siente superior, sino con el aprecio y respeto del prójimo que Dios le ha dado.
 - d) Que se enseñe el verdadero sentido del espíritu de pobreza, y la exacta valoración de la riqueza según lo enseña el Evangelio.
 - e) Que el alumno se asome al problema de la integración de las naciones, y que sea educado para enfrentarse con todos los problemas que plantea el contacto con «lo extranjero».
 - f) Que la disciplina de educación cívica (o de formación del espíritu nacional) pase a manos del educador religioso, para integrarla como pieza de la educación total.
 - g) Que en momento más propicio se colme con nuestro esfuerzo la falta de libros de texto para la Doctrina social católica en las clases superiores, para la formación social de las inferiores, y de libros de lectura para iniciar en la educación social de los pequeños.

II. REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Comentarios a la Mater et Magistra*, BAC núm. 213, 115 ptas.
- COMISIÓN EPISCOPAL DE DOCTRINA Y ORIENTACIÓN SOCIAL, *Breviario de Pastoral social*, Madrid, Rialp, 1959, 227 pp., 35 ptas.
- Obra fundamental como orientación en pastoral social.
- Doctrina pontificia*, t. III: *Documentos sociales*, BAC núm. 178, 120 ptas.
- GINER, C. y ARANZADI, D., *En la escuela de lo social. Manual de formación social para la juventud*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1959, 349 pp., 60. ptas.
- Buena guía de orientación y capacitación social.
- GUERRY, E., *La doctrina social de la Iglesia*, Madrid, Rialp, 70 ptas.
- HAERING, B., *Fuerza y flaqueza de la religión*, Barcelona, Herder, 1958, 472 pp., 150 ptas.
- Reflexión teológica sobre el valor sociológico de la religión cristiana.
- MESSNER, J., *La cuestión social*, Madrid, Rialp, 1960, 723 pp., 300 ptas.
- PRADEL, E., *Formación de los niños a la vida social*, Ed. Paulinas, Zalla (Vizcaya), 1959, 187 pp.
- THILS, G., *Teología y realidad social*, San Sebastián, Dinor, 1955, 314 pp., 60 ptas.
- VAN GESTEL, G., *Doctrina social de la Iglesia*, Barcelona. Herder, 437 pp., 120 ptas.
- VILLAIN, J., *La enseñanza social de la Iglesia*, Madrid, Aguilar, 532 pp., 160 ptas.
- WELTY, E., *Catecismo social*, 4 t., Barcelona, Herder, 1957, 585 ptas.

BIBLIOGRAFIA PARA EL CATEQUISTA

SSANTISIMA TRINIDAD

- DERKENNE, F., *Le Mystère de la Trinité Sainte et les équivoques de nos programmes et de notre vocabulaire catéchistique*. Vérité et Vie (Fiches de pédagogie religieuse), n. 404 De. (1961).
- ESTEPA LLAURENS, J. M., *Jesús ha dicho: Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo*. En: «Dios viene a nosotros». Col. Luz de los Hombres, lecc. 38. Ed. Morova, Madrid, 1961.
- ESTEPA LLAURENS, J. M., *El domingo de la Sma. Trinidad: el gran misterio de Dios*. En: «Gloria a ti, Señor». Lecc. 40 (ídem).
- HENRY, A. M., *La Sainte Trinité enseignée aux chrétiens*. «Lumen Vitae», 7 (1952), 395-405.
- ISAAC, P., *Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo*. En: «Iniciación teológica», I, p. 411-415. Ed. Herder, Barcelona.
- LA inhabitación de la Sma. Trinidad. Temas de Predicación, n. 12, 1953, p. 149-177. Ed. San Esteban, Salamanca.

LA EUCARISTIA: CORPUS CHRISTI

- ALASTRUEY, G., *Tratado de la Santísima Eucaristía*. BAC, n. 71, Madrid.
- GARAVETTI VIÑAS, M., *Fulgores Eucarísticos*. Ed. Vicente Ferrer, Barcelona.
- GOMÁ, I., *La Eucaristía y la vida cristiana*. Ed. Vicente Ferrer, Barcelona.
- GONZÁLEZ GARCÍA, M., *Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario, y Florecillas del Sagrario*. Ed. El Granito de Arena, Palencia.
- DUPONT, *Este es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre*. «Selecciones de Teología», n. 2, 1962, p. 44-59.
- Explicación de la Santa Misa en láminas*. Ed. Catequética La Salle, Madrid.
- Actas de las jornadas catequísticas lasalianas de 1958*. Ed. Catequética La Salle, Madrid.
- MARTIMORT, A., *Los signos de la Nueva Alianza*. Ed. Sígueme, Salamanca.
- ORBE, A., *El Pan de Vida*. Ed. Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao.
- RODRÍGUEZ MEDINA, P. D., *Introducción a la teología pastoral de la Misa*. Colección Sínite, n. 2. Tejares-Salamanca.
- SÁNCHEZ ALISEDA, C., *Catecismo de la Misa*. Ed. Vilamala, Barcelona.
- SÁNCHEZ ALISEDA, C., *Historia y Liturgia de la Misa*. Ed. Flors, Barcelona.
- SOLANO, J., *Meditaciones de teología eucarística*. Ed. Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao.

SAGRADO CORAZON

- El Corazón de Jesús.* «Temas de Predicación», n. 35, 1957. Ed. San Esteban, Salamanca.
- «*Haurietis Aquas.* Comentarios teológicos a la Encíclica. Ed. Cocusa, Madrid.
- Le Coeur.* Col. Etudes Carmelitaines. Ed. Desclée, Paris. (Ofrece mucho interés el trabajo de A. DERUMAUX, *Crise ou évolution dans la dévotion des jeunes pour le Sacré Coeur*, p. 296-329.)
- PLUS, R., *El Sagrado Corazón de Jesús y la reparación.* Ed. Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao.
- SOLANO, J., *La devoción al Sdo. Corazón de Jesús según las Encíclicas pontificias.* Ed. Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao.
- STIERLI, J., *Cor Salvatoris.* Ed. Herder, Barcelona.
- URRUTIA, J., *Teología del Sagrado Corazón.* Ed. Apostolado de la Prensa, Madrid.